

MORIBUNDOS DE NACIMIENTO

Introducción. Lo que celebramos en este tiempo de Pascua es la razón principal de porque tenemos fe lo cristianos, y es el hecho de que los límites, los sufrimientos, las muertes, no tienen la última palabra, sino que hay un amor que es capaz de seguir amando hasta el extremo, cuando los demás, dejan de amar, por dolor o por miedo. La buena noticia que tenemos para compartir con el mundo es que cada una de nuestras vidas es tan valiosa que se merece la entrega de Jesús, rescatadora, salvadora, santificadora, por cada uno de nosotros.

“Yo soy la puerta: quien entra por mí se salvará; podrá entrar y salir y encontrar pastos. El ladrón no viene más que a robar, matar y destrozarse. Yo vine para que tengan vida, y la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. El asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, cuando ve venir al lobo, escapa abandonando las ovejas, y el lobo las arrebató y dispersa. Como es asalariado no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor: conozco a las mías y ellas me conocen a mí, como el Padre me conoce y yo conozco al Padre; y doy la vida por las ovejas.” Jn 10,9-15.

Que chulo es descubrir que la experiencia de la resurrección no es un dato para imaginar, o creer, sino una experiencia que compartir. El amor del Señor resucitado viene a alcanzar a todos los que, por miedos, por inseguridades, por temores nos escondemos como los apóstoles. Estaban con las puertas cerradas por el miedo, como muchos corazones se cierran a la posibilidad de encontrar un amor que les cuide. Nuestra misión como creyentes es acompañar cada vida hasta que se convenzan de que no hay motivo para el miedo, porque el amor expulsa el temor.

“Habla mi amado y me dice: ¡Levántate, amada mía, hermosa mía, ven a mí! Porque ha pasado el invierno, las lluvias han cesado y se han ido, brotan flores en la vega, llega el tiempo de la poda, el arrullo de la tórtola se deja oír en los campos; apuntan los frutos en la higuera, la viña en flor difunde perfume. ¡Levántate, amada mía, hermosa mía, ven a mí! Paloma mía que anidas en los huecos de la peña, en las grietas del barranco, déjame ver tu figura, déjame escuchar tu voz, porque es muy dulce tu voz, y es hermosa tu figura.” Can 2,10-14.

Todos los relatos del evangelio nos muestran a los discípulos, a María Magdalena, experimentando el dolor y las lágrimas de estar carentes de vida sin Jesús, «moribundos de nacimiento». Sin vida, sin ilusión, desolados. Es como si al conocer a Jesús todas las dimensiones de sus vidas se llenaran, se plenificaran y al perderle, todo se volviera oscuridad. Ese ser «moribundos» es la expresión con la que la mayoría de gente pasa muchos de sus días. Sensación de caer presos de la rutina, de la falta de novedad, de la desolación. Y lo que produce el encuentro con resucitado es descubrir el valor radical de cada una de nuestras vidas. Valemos el precio de la vida de Jesús. Cada persona que viene este mundo es un tesoro. Y es nuestra misión hacérselo reconocer.

La gran misión de Jesús, como buen pastor es recorrer el camino y la distancia que hay entre su amor, el corazón ardiente que siente por cada hombre y mujer que viene a este mundo, y nuestras vidas mediocres, moribundas que se pelean por un puñado de afectos, de famas, de riquezas, de placeres. Creo que Jesús nos ama con un amor capaz de desbloquear todos nuestros miedos, todas nuestras ansias, y ayudarnos a rescatar la mejor versión de nosotros. Si a un corazón infartado, o con parada, los médicos lo reaniman con un masaje intenso, nuestras parálisis interiores, también necesitan un tratamiento de choque. Necesitamos despertar en este tiempo de Pascua a las características del hombre y de la mujer resucitados. Necesitamos salir de los letargos, de las resignaciones, de dejar de vivir de sueños y empezar a hacer de nuestra historia el lugar de lo que realmente queremos vivir.

Lo que Dios nos dice. “Cuando terminaron de comer, dice Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me quieres más que éstos? Le responde: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: Apacienta mis corderos. Le pregunta por segunda vez: Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? Le responde: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: Apacienta mis ovejas. Por tercera vez le pregunta: Simón hijo de Juan, ¿me quieres? Pedro se entristeció de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le dijo: Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: Apacienta mis ovejas. Te lo aseguro, cuando eras mozo, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras.” Jn 21,15-18.

En el lavatorio Pedro no deja que Jesús le lave los pies, se siente como no merecedor de tanto amor. Eso nos pasa también a nosotros, nos sentimos dignos de ser amados con tanta intensidad, con tanta verdad. Nos han enseñado desde muy pequeños, a que el amor hay que merecerlo. Nos han hecho regalos si hemos aprobado el curso, alguien se ha fijado en nosotros, por nuestra simpatía, por nuestro físico, porque nos lo hemos currado mucho. Pero la gran sorpresa del amor de Jesús es que se acerca a nuestras vidas desde la gratuidad. Es pura gracia, pura iniciativa amorosa por parte de Dios. No nos creemos que de verdad somos amados del todo. Por eso este tiempo de Pascua es el tiempo del dejarnos amar, del dejarnos sanar, del dejarnos abrazar por un amor que inunda nuestra vida de paz.

Cómo podemos vivirlo. La experiencia de resurrección se convierte en hacernos personas llenas de paz, de confianza, de esperanza. Personas abiertas que salen al encuentro de los demás ofreciendo lo mejor que tenemos. La certeza de que el amor, la desgracia, el sufrimiento, no tiene la última palabra. Que no hay oscuridad que no pueda ser iluminada por la presencia de nuestro Dios. Y nos mueve la seguridad de que tenemos algo que ofrecer a los demás. Somos portadores de buenas noticias, sencillas, entendibles, contagiosas. Ojalá que al final se caigan los escudos y las defensas que ponemos frente a Dios. Qué pasada entender la resurrección en clave de amor. El resucitado persigue cada una de nuestras vidas como el pastor que busca a la oveja perdida.